

Hugrée, Cédric, Penissat, Etienne y Spire, Alexis;
LES CLASSES SOCIALES EN EUROPE, Agone,
Marseille, 2017 (272 pp.), ISBN: 9782748903331

Eguzki Urteaga¹

Universidad del País Vasco

Cédric Hugrée, Etienne Penissat et Alexis Spire han publicado su libro titulado *Les classes sociales en Europe* (Las clases sociales en Europa) en la editorial Agone. Es preciso recordar que Hugrée es investigador en el CNRS, en el seno del laboratorio CRESPPA-CSU. Entre sus ámbitos de investigación figuran las desigualdades sociales en Francia y en Europa, así como la educación y la enseñanza superior, lo que ha dado lugar a la publicación de varias obras, entre las cuales podemos citar *L'abandon des études supérieures* (2007), redactada en colaboración con Nathalie Beaupère, Lucile Chalumeau y Nicolas Gury, y *Sociologie des classes populaires* (2010), escrito junto con Philippe Alonzo. Etienne Penissat, de su parte, es investigador en el CNRS y director adjunto del CERAPS. Especializado en las clases sociales y las representaciones del espacio social, las élites administrativas y patronales, el sindicalismo y la acción sindical, es autor, entre otros libros, de *Porte-parole, militants et mobilisations* (2015), elaborado con Baptiste Giroud y Julian Misch, o *Réprimer et domestiquer: stratégies patronales* (2013). Por último, Alexis Spire es director de investigación en el CNRS y autor, entre otras publicaciones, de *L'impunité fiscale. Quand l'Etat brade sa souveraineté* (2015), fruto de la colaboración llevada a cabo con Katia Weidenfeld, o *Faibles et puissants face à l'impôt* (2012).

En la extensa introducción de la presente obra, los autores observan que la Unión Europea se ha convertido en objeto de intensas luchas. "En cada país del continente, una división política duradera se ha formado entre partidarios y adversarios de la construcción europea" (p.9). Para unos, "éste constituye la mejor manera de garantizar el progreso económico y la competitividad de las empresas a través de la intensificación de los intercambios comerciales", mientras que, para otros, "favorece el dumping social y nivela hacia abajo las condiciones de existencia del mayor número [de personas]" (p.9). No en vano, aunque la cuestión social se encuentre en el centro de ese conflicto político, "existen muy pocos datos (...) sobre las desigualdades sociales entre trabajadores europeos" (p.9). Precisamente, la ambición de este estudio es

¹ eguzki.urteaga@ehu.eus

"proponer una cartografía de las desigualdades en Europa que supere las habituales comparaciones entre países" (p.10).

Partiendo de datos estadísticos poco explotados hasta entonces, analizados desde la perspectiva de las profesiones, los sociólogos galos tratan de dar cuenta "de las diferencias entre clases sociales a escala del continente" (p.10). A su entender, la cuestión de las desigualdades no puede reducirse a un simple análisis de los niveles de renta y de patrimonio, dado que "aluden también a unas condiciones de empleo y trabajo, a unos estilos de vida, a unas condiciones de vivienda, [y] a unas prácticas culturales y de ocio" (p.10). En ese sentido, el reto consiste en "pensar conjuntamente las [diferencias] entre grupos socio-profesionales y nacionales", además de asociar las diferencias de género y de generación (p.10). Más allá de la descripción de las desigualdades, es cuestión de preguntarse ¿Cuáles son las condiciones que posibilitan un movimiento social europeo? (p.10).

Desde los años 1980, constatan Hugrée, Penissat y Spire, "mientras que la integración europea se aceleraba, la representación de la sociedad en clases sociales no ha parado de declinar. En el Oeste, el reflujó del marxismo ha hecho retroceder el uso de esta noción en el espacio público, [al tiempo] que, en el Este, la voluntad de romper radicalmente con los vestigios del [comunismo] lo convertían en un término [vilipendiado]" (pp.10-11). Las transformaciones de las estructuras económicas europeas han contribuido a borrar los contornos de las clases sociales (p.11). "El declive de la industria al provecho del sector servicios y del comercio, el aumento constante de los empleos de cuadros y de profesiones intermedias, así como el desempleo de masas han borrado considerablemente las fronteras de las clases sociales" (p.11). A su vez, "el alargamiento de la duración de los estudios y la [generalización] de los equipamientos culturales y digitales han (...) renovado las formas de desigualdad entre países y en el seno de los diferentes grupos sociales europeos" (p.11). A nivel político, la desaparición de los regímenes comunistas del Este y el debilitamiento de los partidos y sindicatos de izquierdas en los países occidentales "han parcialmente descalificado la referencia a la lucha de clases" (p.11).

Más globalmente, "la posición de clase ha dejado de ser una manera de situarse en el espacio social" (p.11). En Europa, "el sentimiento de pertenecer a la clase obrera ha [declinado] entre los obreros y empleados [en beneficio] del sentimiento de pertenecer a una amplia clase media" (p.11). Estas evoluciones han reforzado la idea de una desaparición de las clases sociales (p.12). Por lo tanto, "la noción de clase movilizada como construcción política y simbólica de una visión del mundo sociales (...), hoy en día, mucho menos central que en el pasado" (p.12). No en vano, para los autores, "la posición de clase sigue siendo un instrumento pertinente para pensar y describir las desigualdades y las fronteras sociales a escala internacional" (p.12). De hecho, existe un interés renovado por ese concepto de cara a "pensar las transformaciones de las desigualdades en las sociedades europeas" (p.12).

Dado que las relaciones de clases se han ampliamente construido en el marco de los Estados, "cada historia social y política nacional [confiere] a estas relaciones unos contornos y unas intensidades particulares" (p.12). Pero, aunque los trabajos sobre las desigualdades que razonan a nivel europeo sean escasos, "se trata de un marco de referencia e incluso de identificación cada vez más importante para las poblaciones del continente. La existencia de instituciones proveedoras de recursos, de reglas financieras, de normas, de procesos electorales regulares y de símbolos reconocidos, lo convierten en un espacio político y social" (p.13). Además, la mayoría de las transformaciones socioeconómicas contemporáneas son de índole supranacional (p.13).

De manera global, "la circulación, la localización y la especialización del capital en Europa contribuyen a formar y a modelar las relaciones de clase" (p.13). De hecho, "el capitalismo se ha ampliamente europeizado y, con él, las relaciones de clase" (p.14). Así, "las estrategias económicas de las grandes [empresas] europeas determinan (...), en gran parte, la morfología de las clases sociales en los diferentes países europeos" (p.14). A su vez, "la experiencia de las relaciones de clases se opera en el conjunto del

territorio europeo y no únicamente en el marco nacional" (p.15). A pesar de ello, los escasos trabajos que estudian las clases sociales a nivel europeo no suelen basarse en datos empíricos sino en consideraciones genéricas. Es el caso del sociólogo norteamericano Neil Fligstein (2008) en su obra *Euro Clash*.

Para los autores, defender una sociología empírica de las clases sociales en Europa consiste en asumir la posición contraria a "la visión defendida por la Comisión Europea que queda arrimada a una división [nacional]" (p.16). Esta representación, basada en los datos de Eurostat, es a menudo restrictiva y deformante porque conduce a comparar los países entre sí (p.17). Sin embargo, la referencia a las clases sociales e incluso a los grupos socio-profesionales es prácticamente inexistente (p.17). Durante la crisis de la zona euro a finales de los años 2000, la focalización de los razonamientos en las diferencias nacionales ha reforzado los estereotipos culturalistas (p.18). Al contrario, los sociólogos galos intentan "identificar las poblaciones y los grupos sociales europeos que se han visto los más afectados por la apertura de las economías nacionales a la competencia [internacional]" (p.18).

Además, recuerdan que la magnitud de la crisis financiera y económica de 2008 ha puesto en el centro de debate "la cuestión de las diferencias de riqueza entre poblaciones" (p.19). De hecho, en un contexto de globalización financiera y de debilitamiento de los sistemas de protección social, "las desigualdades de riqueza aparecen [como fundamentales]" (p.19). Pero, las desigualdades no se reducen a la renta sino que conciernen "diferentes esferas de la vida social" (p.20). A ese respecto, "el análisis sociológico por clases sociales permite no reducir el estudio de las desigualdades a una lectura vertical y gradual" y dar cuenta de "la recomposición de las desigualdades contemporáneas" (p.20).

Para llevar a cabo ese análisis, los autores se basan en la definición de las clases sociales propuesta por Pierre Bourdieu (1979) que intenta combinar las aportaciones de Marx y Weber "delimitando las fracciones de clase en función de su posesión en capital económico y cultural" (p.21). En ese sentido, consideran que "el término 'clase' alude al conjunto de capitales económicos y culturales que contribuyen, a la vez, a las posiciones social y económicamente dominadas de ciertos grupos sociales y a las formas de separaciones, distinciones e incluso fronteras culturales entre sí" (p.21). Por lo tanto, puede ser utilizado como "un indicador sintético de las desigualdades relativas a las condiciones de vida (...), de empleo y de trabajo" (p.21).

Como lo indican los investigadores franceses, la realización de un estudio estadístico de las desigualdades sociales en términos de clases es posibilitada por la existencia de nuevas fuentes de información (p.23). En efecto, la utilización de las grandes encuestas estadísticas europeas combinada con el reparto del espacio en tres clases sociales permite responder a la siguiente pregunta: "¿Cuáles son las desigualdades de clase en materia de penosidad física del trabajo, de desempleo y precariedad, de acceso a las nuevas tecnologías, de elección residencial, de confort de la vivienda, de prácticas culturales [o] de acceso a la sanidad?" (p.23). Estos elementos "permiten reconstruir el puzle de las clases [sociales] en Europa y comprender las movilizaciones y las divisiones políticas que atraviesan ese espacio" (p.25).

En el primer capítulo, centrado en las divisiones de clases más allá de las naciones, los autores constatan que, a partir de 2008, el aumento considerable de la deuda griega y la crisis de las finanzas públicas han puesto de manifiesto las diferencias considerables de desarrollo económico entre países europeos (p.27). De hecho, "las poblaciones más desfavorecidas de ciertos países se han visto más afectadas por la crisis que otras" (p.27). Si la difusión de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación ha propiciado la desaparición de ciertos oficios y la emergencia de otros, "la ausencia de armonización de los derechos laborales y de las políticas de redistribución a escala europea mantiene de facto unas desigualdades entre estructuras sociales nacionales" (p.28). Además, la libre circulación de las mercancías y de los capitales conduce las grandes empresas a "adaptar sus estrategias económicas implantándose en las zonas más ventajosas jurídica y económicamente" (p.28). Resulta de ello "un reparto

de las actividades económicas en el territorio europeo en función de los costes laborales, de la cualificación de la mano de obra y de las legislaciones nacionales" (p.28).

Los sectores donde predominan los obreros son aquellos que se desplazan del centro a las periferias del continente e incluso a sus márgenes (p.28). Asimismo, "las cadenas de subcontratación se han (...) desarrollado mucho a partir de los años 1990 y se han reforzado en el Este [de Europa] desde los años 2000" (p.28). Estos movimientos tienen notables consecuencias sobre el clima social en el seno de numerosas empresas, especialmente en aquellas que están amenazadas, donde "el chantaje al empleo se ha convertido en algo corriente" (pp.28-29). En ese sentido, se produce una especialización de las actividades entre países que modifica "los contornos y la composición de las clases sociales en Europa" (p.29).

Los autores constatan que, desde los años 1970, "el peso de la industria declina al provecho de nuevas actividades en el comercio, los servicios, la banca, etc. El sector terciario (...) es, hoy en día, mayoritario y representa siete de cada diez empleos" (p.29). No en vano, "si la desindustrialización hace [retroceder] el grupo obrero en los seis países fundadores de la Unión Europea", no sucede lo mismo a escala de los 27 países que la componen hoy en día (pp.29-30). De hecho, mientras que ciertos países o regiones se especializan en los servicios, otros conservan una actividad industrial importante (p.30). En efecto, en los países del Norte y del Oeste, el sector industrial se ha considerablemente reducido y la actividad esencial se concentra en el terciario y, más específicamente, en las actividades científicas o financieras. "Pero, estas actividades de servicios, incluso muy cualificadas, necesitan productos fabricados en otros países europeos, a la imagen de los bienes y servicios culturales" (p.31).

Así, en la mayoría de los países de Europa central y oriental, así como en los países bálticos, "la producción industrial ocupa entre el 20 y el 30% de los activos, frente al 18% en la media europea. Esta importancia de la industria [resulta], en parte, de las oleadas sucesivas de desplazamientos", especialmente en el sector de la automoción (p.31). Por lo tanto, "las estructuras económicas de los países [europeos] pueden (...) ser [agrupadas] en tres grandes conjuntos: en el Oeste y en el Norte predominan unos empleos de servicios cualificados; en el Este, los empleos industriales siguen siendo cualificados; [mientras que] el Sur está marcado por el mantenimiento de un sector terciario tradicional y poco cualificado" (p.32).

A su vez, si es cierto que, desde los años 2000, "el desarrollo tecnológico y las deslocalizaciones se han traducido por el retroceso de las profesiones que estaban en el corazón de las clases populares (...) y de las clases medias (...) en el siglo XX", simultáneamente, "los cuadros y las profesiones intermedias han conocido una fuerte expansión" (p.33). La extensión de la estructura socio-profesional hacia las categorías sociales medias y superiores no se produce solamente en las actividades expuestas a la competencia internacional, ya que "los servicios de interés general, sobre todo la educación y la sanidad, se han desarrollado considerablemente desde los años 1990, apoyándose en [trabajadores] cualificados e incluso muy cualificados" (p.33). Pero, "las clases populares [no están] ausentes de estas transformaciones, dado que (...) las profesiones y los oficios poco cualificados conocen [a su vez] un fuerte desarrollo" (p.34). En ese sentido, se produce una polarización de las estructuras sociales europeas que resultan, parcialmente, "de las lógicas de especialización y división del trabajo vinculadas a la globalización" (p.34).

Si durante las dos últimas décadas del siglo XX, "los Estados-miembros de la Comunidad Europea han (...) conocido una aproximación relativa de ciertos indicadores sociales (...), ese proceso se ha interrumpido con las ampliaciones sucesivas a nuevos países y con las reacciones diferentes ante la crisis de 2008" (p.35). De hecho, "los planes de reducción de los déficits públicos impuestos por el Pacto de Estabilidad han sido mucho más drásticos en Irlanda, [en] los países del Sur y en los antiguos países socialistas" (p.35). El equilibrio prevalente entre grupos sociales en el seno de cada país está igualmente vinculado a los flujos migratorios, ya que, "desde 2008, el impacto diferencial de la crisis ha redistribuido totalmente la cartografía de las migraciones de trabajadores en Europa" (p.35).

Como consecuencia de la división del trabajo productivo en Europa, el peso relativo de las clases populares y de las clases medias es diferente en cada país de la Unión (p.36). Se puede oponer "una Europa del Sur y del Este, incluyendo los países bálticos, donde las clases populares son más importantes, a una Europa del Norte y del Oeste, donde las clases medias tienen un peso [notable]" (p.36). En la periferia meridional, central y oriental de Europa, las clases populares son preponderantes entre los activos ocupados. "En estos países, el peso de las clases populares es superior a la media europea (...) y supera claramente el de las demás clases sociales" (p.36), sabiendo que una parte significativa de estas clases populares vive de la agricultura.

En los países del antiguo bloque comunista, la transición hacia "la economía de mercado ha sido a menudo brutal. Se ha acompañado de un incremento de las desigualdades a lo largo de los años 1990 y 2000, al provecho de una pequeña minoría concentrada, lo más a menudo, en las capitales o en las [principales ciudades]" (p.40). El conjunto de los países de la periferia meridional y oriental "ha visto las clases populares estar especialmente afectadas por la crisis financiera y económica de 2008" (p.41). En el Sur de Europa, de su parte, se ha producido un aumento notable del desempleo, especialmente entre los jóvenes, y una precarización de las condiciones laborales, lo que ha propiciado un incremento del trabajo no declarado (p.41).

Los países del Este de Europa han pagado igualmente un gran tributo a la crisis, ya que el desempleo ha crecido notablemente, sobre todo hasta 2011 (p.41). En estos países, los ajustes se han efectuado principalmente "por una fuerte moderación salarial, con las tasas de bajos salarios y, por lo tanto, de trabajadores pobres más elevadas de Europa" (p.42). Hay, por un lado, "los vencedores de la liberalización de la economía que monopolizan [la parte] esencial de los recursos económicos, culturales y sociales; y, por otro, las clases populares (...) que sobreviven a menudo [gracias] a pequeños empleos mal pagados" (p.42). Salen adelante con la ayuda de redes de intercambio informales, tanto familiares como amistosas (p.42). Las clases medias son más reducidas, mientras que las clases superiores representan una pequeña minoría en los países de Europa central y oriental, lo que se explica por el control "que ejercen ciertas [grandes empresas] sobre [sectores] enteros de la economía" (p.42).

Un segundo grupo de países reúne a aquellas naciones en las cuales "las clases populares tienen un peso (...) inferior a la media europea y donde, en cambio, las clases medias son numéricamente importantes" (p.43). Son países que han sabido sacar provecho de la globalización capitalista y que se sitúan en el Norte y el Oeste de Europa (p.43). En los países de Europa continental, como en Francia y Alemania, "las clases medias son numéricamente equivalentes a las clases populares. [Están] marcados por unas densidades de población elevadas y un nivel de protección social sustancial" (p.43). En cuanto a los países nórdicos y anglosajones, las clases medias son abundantes, al tiempo que las clases superiores son más numerosas que en otros países, ya que representan en torno a la cuarta parte de los activos. Esto resulta de la importancia del sector financiero y de los servicios muy cualificados (p.44).

En los países de Europa del Norte y del Oeste, "la deterioración de las condiciones de empleo y de los salarios ha tomado formas diferentes" (p.45). Mientras que algunos países han impuesto "la moderación salarial para conservar [cierta] ventaja en la competencia internacional", otros países privilegian el uso de contratos temporales y de la interinidad (p.45). En ambos casos, las clases populares están atrapadas entre, por una parte, los países del Este y del Sur que practican bajos salarios y obligan a emigrar para encontrar un empleo, y, por otra parte, los del Norte y del Oeste que se enfrentan a las deslocalizaciones y, para evitarlas, practican la moderación salarial y la flexibilidad laboral (p.46).

Asimismo, "los procesos de metropolización y de concentración de las actividades en las grandes ciudades que implican diferencias de atractividad entre territorios, constituye la última dimensión de una cartografía de las clases sociales" en Europa (p.46). De hecho, "la redistribución de los sectores de implantación económica refuerza las desigualdades entre zonas rurales y metrópolis, y constituye unas

nuevas [zonas] con la aparición de lo periurbano" (p.46). De la misma forma, "la terciarización de las economías europeas ha contribuido a reforzar la presencia de las sedes sociales de grandes [empresas] en grandes metrópolis" (p.47). Estas grandes ciudades se han beneficiado de la internacionalización de los intercambios, "que se ha acompañado de una mayor concentración de ciertas actividades vinculadas con la finanza y la nueva economía" (p.47). En efecto, a escala europea, "las clases superiores están (...) sobre-representadas en las muy grandes ciudades y las clases populares están subrepresentadas", lo que traduce un proceso de segregación social (p.48).

Los sociólogos galos recuerdan que, "en las ciudades europeas más grandes, la sustitución de las clases populares por las clases medias y superiores, [denominada] 'gentrificación', es antigua [y] se ha traducido por la relegación de las clases populares a los confines de las zonas urbanas" (p.48). El proceso de aburguesamiento de las capitales, aunque más reciente, existe igualmente en los países de Europa central y oriental, "relacionado con la patrimonialización de los centros urbanos girados hacia el turismo" (p.49). Paralelamente, se ha producido "el desarrollo de espacios reservados a las clases superiores [situadas] a proximidad de los barrios de negocios" (p.49). En las metrópolis europeas, "la segregación es, [ante todo], la de los más ricos, especialmente de los cuadros [del sector] privado" (p.49). En cuanto a las clases populares que residen en estas grandes áreas urbanas, su perfil se ha transformado, al estar compuestas por asalariados poco cualificados, a menudo extranjeros (p.49). A su vez, "el desarrollo de las metrópolis se ha (...) acompañado del auge considerable de la peri-urbanización que alude a dos procesos distintos" (p.50). Por una parte, "es el producto de una relegación de las clases populares en los márgenes de las ciudades" (p.50). Por otra parte, las clases medias y superiores se agrupan para preservar cierto "entre-simismo" (p.50).

En el segundo capítulo, titulado "unas clases populares fragilizadas", los investigadores galos subrayan que "el término 'clases populares' está (...) ausente de la mayoría de los debates públicos sobre Europa", ya que la Comisión Europea privilegia las palabras "pobres" o "excluidos" (p.53). Su discurso se reduce a una oposición entre *insiders* y *outsiders*, en el cual el desempleo se convierte en el principal criterio de diferenciación para medir las desigualdades (p.53). Esta perspectiva invisibiliza "las relaciones de dominación y los procesos sociales que se encuentran en el origen de estos posicionamientos" (p.53). Al contrario, para los autores, "la noción 'clases populares' permite romper con esta representación del mundo en términos de perspectivas y de movilidades singulares, porque recuerda que las posiciones subalternas se heredan y se reproducen" (pp.53-54).

En cuanto al perfil social de las clases populares, entre los asalariados predominan los obreros y empleados poco o no cualificados (40%) y los obreros cualificados (38%). A su vez, a nivel europeo, el peso de los independientes no es desdeñable, aunque existan disparidades. En la mayoría de los casos, los autónomos "están a la cabeza de una empresa individual, a veces ayudados por uno o dos asalariados: están especialmente expuestos a la coyuntura económica y están en posición de debilidad para [conseguir un préstamo] o desarrollar su actividad" (p.57). En numerosos sectores, como el transporte, "el trabajo independiente continúa sirviendo a las grandes empresas para intensificar las cadencias" (p.57). No en vano, "la intensificación de la competencia está igualmente a la obra en el universo de las clases populares asalariadas donde el peso de los obreros sigue siendo importante, especialmente en el sector [industrial]" (p.58). Más allá de la distinción entre asalariados e independientes, "la característica común de las clases populares es formar el grupo social más expuesto a la competencia internacional", a la vez, por las migraciones y las deslocalizaciones (p.58).

Las clases populares se caracterizan también por la presencia, en su seno, de una fuerte inmigración, ya que "acogen a muchos más extranjeros que todos los demás grupos sociales" (p.59). Lejos de circunscribirse a los países más ricos, "el uso de asalariados extranjeros concierne igualmente a los países de Europa central y oriental" (p.59). A menudo ocupados en los sectores poco cualificados, "los inmigrantes

están [asimismo] más expuestos al desempleo en todo el continente" (p.59). En periodo de crisis, "esta mayor apertura se traduce (...) por unas tensiones de competencia en el mercado laboral que inducen unas tensiones y unas reacciones más fuertes entre los obreros, empleados y trabajadores agrícolas que entre los que se sitúan arriba en la jerarquía social" (pp.60-61). Estas tensiones representan un obstáculo a la acción colectiva (p.61).

Las clases populares están en primera línea ante la desestabilización del mercado laboral que las convierte en más vulnerables que los demás grupos sociales (p.61). De hecho, el desempleo afecta sistemáticamente a la parte baja de la jerarquía social. "Esta sobreexposición al desempleo se ha acompañado, en la mayoría de los países europeos, de restricciones drásticas de las indemnidades por desempleo" (p.62). Afectados "por los planes de despido, el incremento del desempleo prolongado y el [debilitamiento] de las protecciones sociales, las clases populares viven en la incertidumbre, [dado que] temen perder su empleo" (p.63). Pero, ese temor al desempleo no se expresa de la misma forma y con la misma magnitud en el conjunto de las clases populares (p.63).

Treinta años de deslocalizaciones sucesiva han fragilizado "la relación con el porvenir profesional de los obreros, especialmente de aquellos que trabajan [con] máquinas" (p.64). Esta amenaza del desempleo supera la sola esfera profesional para alimentar "una vulnerabilidad social que [afecta] la relación con el futuro y produce una sensación duradera y difusa de desafiliación" (p.64). Esto se explica por el hecho de que "la exposición de las clases populares al desempleo se combina con un estatus más frágil y una tasa de tiempo parcial más elevada que los de los demás asalariados" (p.64). En la mayoría de los países europeos, "estos empleos inestables son también los [peor] remunerados", sabiendo que las mujeres están especialmente expuestas (p.65). En efecto, padecen, en mayor medida, los contratos a tiempo parcial que les impiden tener un nivel de vida decente y les obligan a encontrar otras fuentes de ingresos. "Las profesiones menos cualificadas son las más concernidas" (p.65). En general, "las clases populares acumulan las desventajas que se han acentuado desde la crisis de 2008" (p.66).

Asimismo, los miembros de las clases populares están más expuestos que las demás clases "a la penosidad y a los riesgos vinculados al trabajo. (...) La gran mayoría de las clases populares europeas están concernidas por los movimientos repetitivos de las manos y de los brazos. (...) Se añaden a ello las posturas dolorosas o cansinas" (p.67). Si las mujeres de las clases populares "están menos afectadas por ciertas formas de penosidad vinculadas con el trabajo industrial (...), siete de cada diez mujeres de las clases populares europeas declaran que su trabajo implica [estar de pie]" (p.69). La confrontación diaria con unas condiciones de trabajo difíciles tiene notables consecuencias sobre "la relación de los miembros de las clases populares con su futuro profesional" (p.69).

Simultáneamente, nos dicen los autores, "desde hace cuarenta años, la combinación del desempleo y de la precarización del empleo ha tenido [importantes] repercusiones sobre las capacidades de resistencia individual y colectiva de las clases populares", lo que se traduce por una disminución de las movilizaciones (pp.70-71). La bajada concomitante de la tasa de sindicalización y del número de días de huelga es, a la vez, "la causa y la ilustración de la relación de fuerzas (...) desfavorable a las clases populares" (p.71). A escala continental, en 2015, solamente el 11% de los activos tiene una actividad sindical o política, cifra que desciende al 9% entre las clases populares. Se añade a ello un retroceso de la tasa de afiliación sindical en el conjunto de los países europeos, excepto en los países escandinavos, entre el inicio de los años 1980 y los años 2000 (p.71).

Las categorías sociales organizadas por los sindicatos han evolucionado sensiblemente con las mutaciones económicas. De hecho, "la implantación sindical ha declinado en el sector industrial y sigue siendo [inferior] en las empresas [del sector] servicios y del comercio donde se han desarrollado los empleos poco cualificados" (p.72). Así, "una parte creciente de las clases populares no [es] defendida en su lugar de trabajo por un sindicato. Esta relación de fuerzas desfavorable a las clases populares se repercute

en la capacidad de llevar a cabo acciones reivindicativas" (p.73). En la mayoría de los países europeos, "el número de días de huelga por asalariado ha bajado desde el final de los años 1980" (p.73). Y las huelgas masivas "se han desplazado del sector privado industrial al sector público y al del transporte" (p.73). Ese reflujó de las movilizaciones sindicales "ha favorecido la [implementación] de políticas que [conducen] a desregular el derecho laboral, a menudo bajo el impulso de la Unión Europea. Estas transformaciones afectan, en primer lugar, los empleos poco o no cualificados de la industria y [del sector] servicios" (p.74).

La situación de las clases populares es menos preocupante en materia educativa, puesto que, a lo largo de las últimas tres décadas, "las tasas de escolarización han progresado en toda Europa y han contribuido a aproximar las prácticas culturales de los diferentes grupos sociales" (p.75). A su vez, en el ámbito de los bienes de consumo, las clases populares europeas se benefician de un confort aceptable, aunque subsistan importantes desigualdades, tanto en el ámbito económico como en el acceso al ocio (p.75). A ese propósito, el acceso a las vacaciones constituye un buen indicador de las desigualdades económicas entre europeos. De hecho, "la mitad de las clases populares declara no poder pagarse una semana de vacaciones cada año" (p.78). Este hecho esconde una realidad más dura: el 22% de las clases populares europeas se sitúan por debajo del umbral de la pobreza, lo que significa que ganan menos del 60% del salario mediano de su país. "Esta situación resulta de la progresión del desempleo (...) y de las políticas de moderación salarial" (p.75). Para estas poblaciones, "la privación afecta a todas las [esferas] de la vida cotidiana" (p.76).

De la misma forma, las desigualdades vinculadas con la salud persisten entre los diferentes grupos sociales. La posición desfavorable de las clases populares resulta de las condiciones de vida y de trabajo: la exposición a la contaminación, los cánceres profesionales o los fallecimientos prematuros "varía según el oficio ejercido y el lugar de residencia" (p.82). Conviene añadir a todo ello "todas las incidencias de la penosidad [del] trabajo sobre el deterioro de la salud" (p.82). La situación ha empeorado con la crisis de las finanzas públicas de 2008, puesto que numerosos países han incrementado la parte de la financiación correspondiente a los pacientes, "lo que ha provocado un incremento de las desigualdades de salud a escala (...) europea" (p.83).

En el tercer capítulo, titulado "ilusiones de grandeza y realidades sociales de las clases medias", los sociólogos galos constatan que "las clases medias ocupan, desde hace más de un siglo, un lugar central en los debates políticos europeos" (p.87). Sin contenido ni contornos precisos, "ese grupo social es (...) construido por los actores [políticos] como un medio para dirigirse al conjunto de la sociedad" (p.87). En ese sentido, el éxito del término "clases medias", que se ha convertido en hegemónico, resulta de su función, ya que permite dar una imagen pacificada de la sociedad (p.87).

En realidad, las clases medias se definen menos por el hecho de ocupar una posición intermedia en la estructura social como por el hecho de jugar un rol de intermediación ente las clases populares y las clases superiores (p.89). Así, "una cuarta parte de las clases medias asalariadas declara enmarcar el trabajo de subordinados" (p.89). La otra característica reseñable de las clases medias es "estar en contacto con el público en el marco de relaciones administrativas, mercantiles, de cuidado o de enseñanza" (p.90). A menudo, "los miembros de estas profesiones están [asociados] al rol de asesor e incluso de árbitro, pero también [a la] subordinación" (p.90).

En el espacio europeo, la oposición entre las clases medias del sector público y del sector privado es una división antigua que induce todavía diferencias importantes (p.91). De hecho, las clases medias se caracterizan por una fuerte representación del sector público. Además, "los profesionales que pertenecen a las clases medias [del sector] público son (...) más feminizadas que las [del sector] privado" (p.91). En el caso de las mujeres, si gozan de mejores remuneraciones y de una mayor estabilidad que las mujeres que trabajan en el sector privado, tienen dificultades para acceder a puestos de responsabilidad (p.92). Las clases medias se dividen igualmente entre "una fracción superior caracterizada por una cierta autonomía en

el trabajo y una fracción inferior que se halla más a menudo en una posición de subordinación. Ese segundo eje está principalmente vinculado a las desigualdades escolares" (p.92). Dicha oposición se traduce por un temor diferenciado ante el desempleo (p.93).

Como lo ponen de manifiesto los autores, "las clases medias parecen estar relativamente protegidas ante el riesgo de perder su empleo" (p.95). Esto resulta de la parte importante que ocupa el sector público en su seno. En ese sentido, "el Estado y sus periferias constituyen (...) un refugio relativo contra el desempleo para una parte importante de las clases medias, y especialmente para las mujeres de ese grupo" (p.95). A su vez, las clases medias se benefician de un entorno laboral relativamente estable en comparación con las clases populares, "lo que se traduce por una mayor regularidad de sus horarios" (p.96). Esto favorece la conciliación entre la vida laboral y la vida familiar. En cuanto a la jornada laboral, una oposición nítida aparece "entre [las] clases medias [del sector] público y [las] clases medias independientes" (p.97). La división según el sector de empleo tiene consecuencias políticas, ya que "las clases medias [del sector] público, a menudo mejor dotadas en capital cultural y más sensibles al objetivo de poder conciliar vida profesional y vida familiar, tienen [mayores probabilidades de] aproximarse a los partidos de izquierdas, en general favorables a la reducción de la jornada laboral" (p.98). En cambio, las clases medias independientes y del sector privado, que disponen de un mayor capital económico, son más proclives a valorizar el trabajo y tienen más probabilidades de reconocerse en los programas de los partidos conservadores (p.98).

En general, las clases medias europeas se distinguen, en el marco de su actividad profesional, por el hecho de estar en contacto con los clientes o usuarios. "Ese rasgo distintivo es más pronunciado entre las mujeres, sobre todo del sector servicios donde las interacciones están en el corazón de [estos] oficios" (pp.98-99). Los puestos de trabajo mencionados están cada vez más sometidos a la evaluación de los clientes y usuarios, lo que introduce un criterio de resultados que puede ser estresante (p.99). "Estos oficios de contacto implican estar permanentemente en situación de representación y trabajar bajo la mirada [de los demás]" (p.100). En cuanto a las condiciones de trabajo, "las clases medias europeas conocen una situación más favorable que las clases populares" (p.100).

Además, si las clases medias se han caracterizado por un acceso al conjunto de los bienes de consumo, en materia patrimonial, "la vivienda sigue siendo un criterio relativo de distinción con respecto a las clases populares" (p.101). Hoy en día, las tres cuartas partes de las clases medias europeas son propietarias de sus viviendas y "las clases medias representan cerca de la mitad de los que poseen su vivienda" (p.101). Si la propiedad de la vivienda está estrechamente vinculada con el país de residencia, sigue siendo una característica notable de las clases medias, "a la vez, como instrumento de protección ante [la incertidumbre] de la coyuntura económica y como recurso para proyectarse en el futuro" (p.103).

No en vano, "todos los hogares de las clases medias no tienen acceso a la propiedad inmobiliaria". Así, "los [habitantes] de las zonas rurales son más sistemáticamente propietarios que los de las zonas urbanas" (p.103). La probabilidad de ser propietario depende también "del estatus del empleo, dado que los trabajadores independientes son más a menudo propietarios de sus viviendas que los asalariados (pp.103-104) y los trabajadores del sector público lo son más que aquellos del sector privado. La edad así como la generación indican igualmente en el acceso a la propiedad. De hecho, "la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias en Europa han hecho bajar la parte de los compradores recientes entre los propietarios, penalizando, en primer lugar, a los jóvenes que no estaban en posición de heredar de sus padres" (p.104). En ese sentido, "la crisis ha (...) profundamente transformado los equilibrios anteriores y acentuado las divisiones generacionales y sociales en el seno de las clases medias" (p.104). A su vez, en función de que el propietario haya pagado en integralidad su vivienda o esté endeudado, los costes inducidos son diferentes (p.105).

En cuanto a la posición de proximidad de las clases medias con respecto a las clases superiores, ésta es especialmente evidente en el ámbito de las prácticas culturales. "En ese ámbito, el nivel de estudios de

los padres constituye un primer indicador del capital cultural que alude a un conjunto de disposiciones y prácticas" (p.107). Existe una distinción entre las clases medias sobre todo dotadas de capital económico y aquellas dotadas sobremanera de capital cultural, sabiendo que las clases medias del sector público están generalmente mejor dotadas en capital cultural (pp.107-108). No en vano, la dotación de las clases medias en capital cultural ha dejado de ser suficiente para garantizar una promoción social, dado que, para ello, es necesario movilizar recursos económicos y redes de sociabilidad de los padres (p.109). Así, "el modelo de un ascenso social basado en la meritocracia cultural está en crisis, lo que plantea la cuestión del rol político que podrán desempeñar en el futuro las clases medias en Europa" (pp.109-110).

En realidad, la identificación con las clases medias supera ampliamente las fronteras objetivas de ese grupo social. Esto se explica por varios factores: 1) el declive del sentimiento de pertenencia a la clase obrera; 2) las clases medias aparecen como sinónimas de confort material y de realización personal; y, 3) ese grupo social simboliza una atenuación de las desigualdades socioeconómicas (p.111). Si estas tendencias no se han traducido de la misma manera en todos los países, "el término 'clases medias' sigue siendo en el imaginario colectivo sinónimo de estabilidad económica y de ascenso [social]" (p.113). No en vano, las clases medias se caracterizan, hoy en día, por el temor de la desclasificación social que traduce "un estrechamiento de las perspectivas salariales y de movilidad social [ascendente] con respecto a las generaciones precedentes del mismo grupo social" (p.114).

En ese sentido, en todos los países europeos, las clases medias se han visto afectadas por la crisis de 2008. "Por un lado, los jóvenes diplomados han visto su futuro profesional oscurecerse, y, por otro, las clases medias [del sector] público se han enfrentado a un deterioro brutal de sus condiciones de trabajo, tras los recortes drásticos en los presupuestos de los Estados" (p.114). Las reformas neoliberales de las últimas tres décadas han jugado de manera ambivalente en las divisiones que atraviesan las clases medias. Por una parte, "el cuestionamiento del estatus de los asalariados [del sector] público ha aproximado las condiciones de trabajo de los asalariados [del sector] privado" (p.118). Por otra parte, "el mantenimiento de diferencias (...) está cada vez más [ocultado] por la adhesión a un discurso federativo que estigmatiza la asistencia [social]" (p.118).

En el cuarto capítulo, que se interesa por las múltiples formas de dominación de las clases superiores, los investigadores franceses ponen de manifiesto que estas clases se mantienen y se reproducen gracias a su organización en círculos concéntricos, al estar dotados de capital económico y cultural (p.122). "Los estilos de vida y las afinidades culturales que tienen los miembros de las clases superiores contribuyen a [homogeneizar ese] grupo, aunque esté atravesado por divisiones internas y contradicciones" (p.122). Mayoritariamente masculinas, "las clases superiores que tienen un empleo forman un grupo social relativamente amplio que reúne a un poco menos de uno de cada cinco europeos" (p.123). Su base es económica, "vinculada a las formas de subordinación que imponen en el mundo profesional y a los recursos [financieros] que extraen de ellas" (p.123).

Fundamentalmente, las clases superiores se descomponen en tres polos: los que ocupan las funciones de dirección en las empresas y en las administraciones, y cuya tarea principal consiste en supervisar el trabajo de los asalariados; los que se distinguen por sus títulos académicos y sus competencias especializadas en su ámbito, y que reúnen a las profesiones intelectuales y científicas; y los empresarios que gozan de un verdadero confort de vida, aunque estén peor remunerados que los primeros y estén menos cualificados que los segundos (pp.123-124). Pero, a pesar de sus diferencias, las clases superiores comparten unos rasgos comunes, empezando por la autonomía de la que gozan en el desempeño de su actividad laboral (p.125). Esta autonomía supera la capacidad de controlar su ritmo de trabajo, puesto que concierne el conjunto de la organización de su trabajo y alude "tanto al contenido de las misiones como a los objetivos [perseguidos]" (p.126). Más allá, "los miembros de las clases superiores están asociados a una posición de (...) dirección que les permite influir en las condiciones de trabajo de los demás trabajadores" (p.126).

Ese poder sobre los demás en la organización del trabajo se combina "con la [certeza] de conocer una progresión de carrera" (p.126).

Además, las clases superiores se distinguen por su riqueza económica que puede medirse por sus rentas, sabiendo que las rentas más elevadas se observan en el sector financiero (p.127). En materia de rentas del trabajo, las diferencias en el seno de las clases superiores son mucho más grandes que en la parte baja de la jerarquía social. En cualquier caso, "las clases superiores se sitúan claramente por encima de las demás en lo que se refiere a las rentas del trabajo", pero con diferencias notables según el género, aunque estas últimas se hayan reducido desde el inicio de la crisis (p.129). Cuando los dos miembros de la pareja trabajan, las clases sociales europeas incrementan especialmente las diferencias con las demás clases sociales (p.130). A ello las clases superiores añaden las rentas mobiliarias e inmobiliarias (p.130).

Paralelamente al capital económico, las clases superiores gozan de títulos académicos y privilegian unas prácticas culturales distintivas que les permiten ocultar el carácter arbitrario de su dominación (p.135). De hecho, el capital escolar de las clases superiores europeas es muy superior al de los demás europeos. Así, más de las tres cuartas partes de las clases superiores tienen un nivel académico superior, frente al 41% de las clases medias y al 9% de las clases populares (p.136). Son incluso muy cualificados, puesto que el 44% tiene un máster o un doctorado (p.136). Como lo indican los autores, "el peso de los títulos [académicos] ofrece una protección muy fuerte ante [los riesgos de] precariedad y desempleo que conciernen apenas al 3% de las clases superiores" (p.137). A eso se añade el hecho de que las clases sociales realizan elecciones distintivas e inversiones financieras para valorizar sus títulos académicos en el mercado laboral (p.138). Pero, lo fundamental sigue siendo "la acumulación de recursos escolares", ya que, conforme se va subiendo en la jerarquía social, la interacción entre capital económico y capital cultural se intensifica (p.139). Esto explica que las clases superiores se caractericen por una sobreinversión escolar sobre varias generaciones (p.139).

Pero, conviene precisar que "el capital cultural no se limita a la simple posesión de un [título académico, sino que] alude igualmente a un conjunto de disposiciones en materia de ocio, diversión y prácticas culturales" (p.140). En todos los países europeos, "las clases superiores están sobrerrepresentados entre los consumidores intensivos de cultura, [ya que] sus miembros frecuentan más a menudo que los demás europeos los cines, los espectáculos y los [espacios] culturales" (p.140). Es sobre todo en materia de visitas culturales y de asistencia a espectáculos que las clases superiores se distinguen (p.140). No obstante, "las fracciones de las clases medias más [cualificadas] resultan ser relativamente próximas, [en materia de ocio], al polo cultural de las clases superiores" (p.143). A su vez, en el seno de las clases superiores, "la posesión de un alto nivel de [cualificación] no es incompatible con unas formas de marginación y de auto-explotación" (p.145).

La dominación cultural de las clases superiores, inciden los autores, "se apoya en el dominio de competencias y de saberes que permiten viajar con facilidad más allá de las fronteras nacionales. Estos recursos propicios a la movilidad internacional pueden [posteriormente] ser reinvertidos en el espacio (...) nacional" (p.145). La apertura hacia el exterior se traduce por el hecho de que, trabajen para grandes empresas o para la alta administración pública, "los miembros de las clases superiores tienen cada vez más oportunidades para intercambiar con sus homólogos de otros países" (p.145). Por lo cual, "la internacionalización de las clases superiores se juega principalmente en el plano del ocio y de la sociabilidad profesional" (p.145). Esta apertura se caracteriza, asimismo, por la "adquisición de una cultura internacional que constituye, hoy en día, un rasgo distintivo de esta clase social. Supone la incorporación de una verdadera competencia lingüística que permite acceder más fácilmente a otros universos culturales" (p.146).

De manera general, "la acumulación de capitales culturales y económicos es perceptible más allá de las esferas de actividad profesional y de consumo, [puesto que] pueden ser convertidos en los

diferentes espacios de representación a nivel europeo", como el acceso a funciones electivas nacionales e internacionales (pp.148-149). Así, "la distribución del poder político se articula estrechamente con las posiciones sociales y contribuye a la reproducción de la dominación de las clases superiores" (p.149). De hecho, las clases medias-superiores y superiores acaparan los puestos de representación nacional y europeo. Ese fenómeno es reforzado por el rol creciente desempeñado por los títulos académicos en el acceso a las funciones de liderazgo político (p.150). Esto contribuye notablemente a "la homogeneidad social del personal reclutado" (p.150).

El poder político de las fracciones dominantes de las clases superiores "es redoblado por las posiciones que ocupan sus miembros en la alta administración" (p.152). Tener un poder sobre el Estado les permite "acceder a los estratos más altos del espacio social y concentrar diferentes especies de capitales" (p.153). En ese sentido, las clases superiores han convertido los puestos de altos funcionarios en su monopolio convirtiéndolos en un soporte de reproducción social, "especialmente en el contexto del giro neoliberal de los años 1980" (p.153). Además, las posibilidades de tránsito de la alta administración a la política y viceversa son cada vez más numerosas y favorecen la concentración del poder en el seno de "un campo cada vez más homogéneo y coherente" (p.153). Las clases superiores saben igualmente delegar a intermediarios, mediante financiación, "la defensa de sus intereses ante las autoridades públicas y políticas" (p.154). En general, se observa una convergencia entre las clases superiores de los diferentes países de la Unión Europea en torno a prácticas culturales intensivas, al plurilingüismo y a la adhesión al proyecto europeo (p.156).

En el quinto capítulo, titulado "dominaciones sociales [y] relegaciones nacionales", los autores indican que las clases sociales no constituyen conjuntos perfectamente homogéneos e inamovibles, dado que "los Estados-naciones y sus instituciones pesan fuertemente en la construcción política de los grupos sociales" (p.157). En realidad, "las relaciones entre las clases se recomponen en permanencia, a través de los contactos, los intercambios y las relaciones de fuerza económicas y culturales que se establecen entre europeos en el mundo laboral y en las demás esferas de la vida social" (p.158).

De hecho, durante las últimas tres décadas, "los equilibrios económicos y sociales que prevalecían en Europa han sido regularmente modificados [con] la ampliación a nuevos países" (p.159). En ese contexto, "las clases populares de los países del Este y del Sur ocupan las posiciones más bajas del espacio social europeo y muestran signos de una gran pobreza económica, asociada a unas condiciones de trabajo más duras que en otros lugares" (p.160). E, "incluso si conocen una situación algo más favorable que la de los antiguos países del Este, las clases populares de los países del Sur de Europa siguen estando alejadas de la del resto del continente" (pp.162-163). En ese sentido, si los indicadores macro-económicos indican una relativa aproximación de los países del Sur y del Este al resto de Europa, la realidad es que "los intercambios económicos han beneficiado sobre todo a una minoría y han aumentado las desigualdades regionales" (p.164). De hecho, "la conversión acelerada de los antiguos países [comunistas] a la economía de mercado, no solamente ha destruido un gran número de puestos [de trabajo] en la industria, sino que ha [transformado completamente] las condiciones de acceso al mercado laboral" (p.164). A su vez, una parte importante de las clases populares rurales ha caído en la gran pobreza (p.166).

En el extremo opuesto se encuentran las clases superiores europeas cuya principal característica consiste en la acumulación de capitales económicos, culturales y simbólicos. "Gozan de buenas condiciones de trabajo, están relativamente protegidos del desempleo, [tienen] unas prácticas culturales diversificadas y poseen unas residencias confortables" (p.170). No en vano, existe una distinción entre las clases superiores de los países del Norte y del Oeste, que dominan el conjunto de Europa, y aquellas de los países del Este y del Sur (p.170), especialmente en lo que se refiere a la élite económica. En efecto, el primer criterio de diferenciación de las clases superiores entre sí es el salario. Las fuertes desigualdades de renta resultan de

las diferencias de concentración de los recursos económicos entre países europeos (p.171). Se añaden a ello las diferencias de edad y "el peso diferencial de las rentas otras que las del trabajo" (p.171).

Como lo subrayan los investigadores franceses, "desde hace algunas décadas, en los países del Norte y del Oeste [de Europa], la dominación de las clases superiores se [apoya] en la meritocracia escolar en lugar de [basarse] en la reivindicación de una [supuesta] superioridad cultural o social" (p.174). Asimismo, la implicación en el trabajo es una fuente de legitimación de la dominación socioeconómica (p.175), sabiendo que "la mayor satisfacción en el trabajo de los cuadros y la autonomía de la que disponen contribuyen (...) a explicar la mayor [involucración] en el trabajo", especialmente en los países del Norte y del Oeste (p.176). En ese sentido, "el compromiso en el trabajo de las clases superiores de los países del Norte y del Oeste se ha convertido (...) en una característica esencial para comprender las desigualdades de salario y de prestigio social" (p.179).

Al contrario, "la primera característica de las clases superiores de los países de Europa central y oriental es su escasa antigüedad en su posición" (p.179), lo que las sitúa en una posición de subordinación con respecto a sus homólogos del Norte y del Oeste (p.180). Respondiendo a las demandas de empleos muy cualificados inducidas por la transición económica, "la reproducción de las clases superiores se ha efectuado a través del capital escolar" (p.183). Semejante proceso de reproducción social se combina con "una endogamia profesional y escolar más pronunciada en los países de Europa central y oriental que [en otros países europeos]" (pp.184-185). A su vez, "las estrategias de diferenciación de las clases superiores de los países del Este con respecto al resto de la población se manifiestan (...) a través de sus elecciones residenciales" (p.185). El hábitat, además de traducir un separatismo social, es una manera de manifestar unos signos de riqueza y de realización personal (p.186).

Simultáneamente, "los tratados de libre circulación de las personas han favorecido considerablemente las formas de movilidad en el interior del continente. Las deslocalizaciones y las migraciones temporales o definitivas visibilizan las múltiples confrontaciones entre ciudadanos europeos de diferentes clases sociales y pertenencias nacionales" (p.188). En efecto, las migraciones en el seno de Europa se han desarrollado en los últimos años y las propias instituciones comunitarias fomentan esa movilidad. Estas, inicialmente temporales, pueden convertirse en duraderas con el transcurso del tiempo (pp.188-189). Entre los migrantes se hallan los trabajadores estacionales, dado que la libre circulación favorece los "flujos migratorios vinculados con la economía de los servicios" (p.190). De la misma forma, propicia el auge de la migración asociada al trabajo doméstico que conduce a la confrontación entre dos polos de las clases medias europeas: "las de los países de salida y las de los países de acogida" (p.191).

- . Para las clases medias de los países europeos, "la confrontación pasa por las deslocalizaciones que pueden tener dos formas: por una parte, el traslado de empresas a países donde la mano de obra es menos cara, y, por otra parte, (...) la contratación de inmigrantes europeos nuevamente instalados o de trabajadores [desplazados]" (p.191). Mientras que, para las clases medias de los países de salida, la migración aparece como una oportunidad profesional y una expectativa de vida mejor, aunque la realidad sea más cruel.
- . Para las clases superiores, "la apertura del espacio europeo a nuevos países ha (...) constituido una reserva de posibilidades para realizar o mejorar unas carreras internacionales" (p.194). Así, para los cuadros superiores de las multinacionales situadas en Europa del Norte y del Oeste, expatriarse en los antiguos países del Este para dirigir una filial, les permite ganar en autonomía y adquirir un verdadero estatus de directivo (p.194). A la inversa, la instalación en la Europa del Norte y del Oeste beneficia a los migrantes del Este que parten con sus competencias transferibles de un país a otro (p.195).

Todas estas formas de migraciones y de movilidades "contribuyen a remodelar en permanencia las relaciones de clases en el seno del espacio europeo" (p.200).

En el apartado de conclusiones, Hugrée, Penissat et Spire recuerdan que, aunque las clases sociales no están en el centro de los debates públicos y políticos, "la posición de clase siguen siendo ineludible para comprender las desigualdades en materia de empleo, condiciones de trabajo, recursos económicos, prácticas culturales o de consumo, o acceso a la sanidad" (p.203). De hecho, "si la representación de la sociedad en clases tiende a declinar, las desigualdades entre grupos sociales se han incrementado desde los años 1980, con efectos acumulativos para los jóvenes, las mujeres y las minorías" (p.204). Además, "el mapa europeo de las clases y de las desigualdades sociales no recubre la de los países" (p.203). Asimismo, el interés de un análisis a nivel europeo es "salir de un enfoque demasiado unificado y nacional de las clases sociales, considerando que las nuevas desigualdades se construyen en la articulación entre posición social y pertenencia nacional" (p.206).

Según los autores, "proponer una lectura de las desigualdades europeas en términos de clases supone (...) evitar cualquier visión esencialista que [alimenta] la imagen de unos grupos unificados e inamovibles" (p.204). Al contrario, privilegian una perspectiva dinámica y relacional de las clases sociales (p.204). Y, "si los grupos profesionales [constituyen] la piedra angular de [su] reparto en tres clases sociales, [sus] resultados superan ampliamente el estricto marco del empleo" (p.205). En efecto, "esta manera de situar a los individuos permite englobar unas dimensiones culturales, sociales y políticas" (p.205). De ese modo, muestran "la importancia de las situaciones donde se juegan las relaciones de dominación (...). Lejos de aludir a identidades estables, estas divisiones corresponden (...) a formas diferentes de politización" (p.205).

Al término de la lectura de la obra *Les classes sociales en Europe*, cuyo subtítulo es *Tableau des nouvelles inégalités sur le vieux continent*, es necesario reconocer la originalidad de la perspectiva elegida que consiste en analizar las clases sociales en Europa alejándose de una visión nacional de las desigualdades sociales. A su vez, los autores rehabilitan la noción de clase social, definida en términos relacionales y dinámicas, para dar cuenta de las nuevas desigualdades sociales que afectan al continente europeo. Para llevar a cabo su estudio, utilizan con sistematicidad conceptual y rigor metodológico las clases sociales, lo que las distingue y las interacciones existentes entre sí. Ofrecen una visión a la vez global y pormenorizada de las clases sociales distinguiendo tres clases principales: las clases populares, las clases medias y las clases superiores. Todo ello, en una exposición clara y una ilustración óptima, a través de numerosos cuadros y gráficos. Además, el estilo fluido de los autores convierte la lectura de esta obra en placentera, a pesar de la densidad de la argumentación. No en vano, la perspectiva teórica elegida se inspira ampliamente se la obra de Pierre Bourdieu, sin aportar nada nuevo a nivel conceptual, y las conclusiones a las que llega son en parte previsibles, a pesar de que una cosa sea tener intuiciones y realizar suposiciones y otra, bien diferente, sea demostrarlas empíricamente.

En cualquier caso, la lectura de esta obra es altamente recomendable para mejorar nuestra comprensión de las clases sociales en Europa.

BIBLIOGRAFÍA

Alonzo, Philippe y Hugrée, Cédric (2010): *Sociologie des classes populaires*, París, Armand Colin.

Beaupère, Nathalie; Chalumeau, Lucile; Gury, Nicolas y Hugrée, Cédric (2007): *L'abandon des études supérieures*, París, La Documentation française.

Bourdieu, Pierre (1979): *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit.

Fligstein, Neil (2008): *Euro Clash. The EU, European Identity and the Future of Europe*, Oxford, Oxford University Press.

Giraud, Baptiste; Misch, Julian y Penissat, Etienne (2015): *Porte-parole, militants et mobilisations*, Marseille, Agone.

Penissat, Etienne (2013): *Réprimer et domestiquer: stratégies patronales*, Marseille, Agone.

Spire, Alexis y Weidenfeld, Katia (2015): *L'impunité fiscale. Quand l'Etat brade sa souveraineté*, París, La Découverte.

Spire, Alexis (2012): *Faibles et puissants face à l'impôt*, París, Raisons d'agir.